

Arturo Souto

Federico Patán

La guerra civil española trajo a México un grupo de autores importantes y, junto a ellos, varios niños que seguramente todavía no sospechaban su vocación de escritores. Cuando la hallaron y se dedicaron a ella con mayor o menor denuedo, constituyeron una generación a la que se ha llamado indistintamente “hispanomexicana”, “nepantla” o, en perspectiva de Luis Rius, “fronteriza”. A ella pertenece Arturo Souto. Es una generación en que abundan los poetas. Los poetas y algunos ensayistas. Los poetas y algunos profesores universitarios. Los poetas y algunos narradores. Arturo, de la clasificación anterior, ocupa tres apartados: es profesor universitario, es autor de prólogos, ensayos y reseñas y, aunque él tiende a negarlo, es cuentista. A esto suma una cuarta condición: la de ser un amigo sólido. No está mal como credenciales de vida. Tan mal no está que se le envidia.

Arturo Souto nos llegó de Madrid, donde había nacido en el año 1930, aunque todo en él parece hablar de lo gallego, empezando y acaso terminando por un estricto sentido del pesimismo o del descreimiento, que él disfraza con un magnífico sentido del buen humor, cuando no de la ironía. Como dije, vino como parte de la diáspora republicana, pero las circunstancias particulares de lo ocurrido con su familia dieron largas al asunto de su desembarco en nuestro país. Me refiero a que su padre, pintor reconocido, fue recalando en distintos países, donde aparte de exhibir sus cuadros vivió una temporada. Así, tras su salida de España en 1938, la familia Souto estuvo en París, Bruselas, La Habana y Nueva York, para finalmente asentarse en México en 1942. En unas memorias que tiene por escribir, pues nos las debe, Arturo bien podría definir las razones y las consecuencias de ese vagar por ciudades tan disímolas. No haré repaso minucioso de su vida, que eso le corresponde a él en esas memorias que esperemos nos cumpla. Baste saber que no encontró de inmediato su vocación, pues antes de lanzarse a la literatura prestó oídos al llamado de la biología. Esto, que habría sido un error grave, lo subsanó pronto estudiando letras aquí, en la UNAM, donde vino a graduarse en 1955, recibiendo una distinción que ya no se estila entre nosotros: *Magna cum Laude*.

Comienza entonces lo que tal vez haya sido la dedicación más constante de Arturo: la enseñanza de la literatura, con especialidad en la peninsular del siglo XX. Pero Arturo, que gusta de los desplazamientos si a su historia me

atengo, no llegó de inmediato a esta Facultad, que le estaba destinada. Hijo del exilio al fin, primero anduvo por diversos centros de enseñanza, como si quisiera foguearse en ellos antes de su entrega final a la Universidad. Eduardo Mateo, estudioso del exilio español, me informa que Arturo, entre invitaciones como profesor visitante y otros desempeños, ha cubierto una buena ruta de desplazamientos. Quizá todos la cumplimos a nuestro modo. Lo importante aquí es que llegó a la Facultad de Filosofía y Letras, donde lleva oficialmente cuarenta años como docente. Y digo oficialmente porque los documentos no siempre se corresponden con la realidad y me sospecho que Arturo esconde algunos más de trabajo entre nosotros.

92

Con su llegada a Filosofía y Letras vino a su hábitat natural. ¿A qué puede aspirar un escritor, en un país ayuno de lectores como el nuestro, sino a ganar la lotería o a la enseñanza universitaria? Pero era su hábitat natural por otra razón. Vino a encontrarse o reencontrarse aquí con otros compañeros del exilio. Hagan ustedes cuentas: Horacio López Suárez, Angelina Muñoz-Huberman, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro, Ramón Xirau y más tarde quien esto cuenta. Vino a continuar trabajando con la materia prima que se le había vuelto indispensable: la literatura. Materia prima que, lo he dicho ya, también trabajó desde otros ángulos. Porque si bien en las aulas desmenuzaba para los alumnos los secretos de la literatura ya establecida, lo mismo hacía para un receptor más general en su prosa ensayística. Por decir algo, sé que ha escrito un mínimo de veintitrés prólogos sustanciosos. ¿Sobre literatura española? Desde luego, y puedo citar a Cervantes, a Lope de Vega, a Emilia Pardo Bazán, a Valle Inclán, a Pedro Garfias. Es lo natural.

Pero entonces me encuentro que también ha escrito sobre Ercilla y Quiroga. Bastante explicable. Pero ¿qué decir entonces de Flaubert, Dumas hijo y Chateaubriand? Y aguarden, andan por ahí textos sobre Poe, Scott. Twain, Kipling, London. No debo asustarme. Arturo es hombre de lecturas variadas, unas parte del oficio y otras mero placer. Una anécdota ocurrida en 1987 servirá de ejemplo: en una charla de pasillo, aquí en la Facultad, Arturo me preguntó como de casualidad, como si habláramos del clima, mi opinión sobre Yasunari Kawabata. Ganó el premio Nobel, le contesté lleno de orgullo ante mi sabiduría. Y a más presunción mencioné el año: 1968. ¿Lo has leído? Ah, no, a tanto no llego. Pues léelo, y aquí mencionó un título, que tenía yo en mi librero sin haberle prestado mucha atención. Después de todo, la japonesa es una literatura más bien exótica ¿no? Está bien para llenar algunas horas sueltas o alguna mañana en la playa. Pero respetaba yo mucho la opinión de Arturo y así entré en *La casa de las bellas durmientes*, a la que siguieron más obras del mismo autor, bajo cuya fascinación había caído.

Siendo director de la Facultad Arturo Azuela, se montó un ciclo de lecturas por parte de los autores pertenecientes a la misma. Hagan ustedes inda-

gaciones y se admirarán de los muchos escritores que nos han pertenecido como docentes. Asistí a varias lecturas, entre ellas la de Arturo. Dadas las inevitables limitaciones de tiempo, le tocaban unos minutos de exposición. Prologó la lectura con una confesión: hasta tres días antes de la fecha no sabía qué leer. En el cuerpo le fue entrando el pánico de quedar mal y de pronto —él asegura que producto de tal pánico— vino un cuento que escribió en esos tres días restantes. Pasó a leerlo. Trataba de algunos lagartos, que le daban título, y recibió muchos, pero muchos aplausos. Envidioso, me dije: quiero todos los momentos de pánico posibles, varios al día, si puede concedérseme tal privilegio.

Sabía de tiempo atrás que Arturo había escrito cuentos. Uno de los primeros, “El pintor loco”, aparecido en 1948. Otros los dio a conocer en revistas creadas por el exilio, como *Clavileño* o *Segrel*, varios en suplementos literarios del país. Del 48 al 58 se publican con alguna periodicidad, pero a partir de entonces disminuye tajantemente su aparición, síntoma ya de lo que vendría. Estaba enterado de que Arturo había escrito cuentos y de que varios hallaron acomodo en un libro titulado *La plaga del crisantemo*, impreso en 1960. Desde entonces, silencio. Quise leer aquel libro y no lo encontré por sitio ninguno. Agotada la edición, no hubo interés en una segunda. Lo obvio, dirán ustedes, habría sido pedirselo en préstamo al autor. No me soliciten explicaciones, pero me daba reparo. Como miembro del exilio ¿no tendría que haberlo puesto desde el principio en mis librerías? Y no entre la literatura exótica. ¿Acaso no tenía cuentarios de José de la Colina y de Angelina Muñoz-Huberman? El problema se resolvió en su momento, porque la propia UNAM, en su serie *Confabuladores*, publicó en 1997 una segunda edición del libro de Arturo. Una edición aumentada con cinco cuentos, entre ellos “Los lagartos”. Me hice de ella y la leí enseguida. He aquí mis impresiones, varias de ellas adaptadas de la reseña que sobre el libro publiqué en junio de 1998. Precisión inicial: el libro había cambiado de título. Ahora se llamaba *Coyote 13*, nombre del cuento más famoso de Arturo, que está incluido en varias antologías, que fue traducido a varios idiomas y que estuvo a punto de volverse película. Por tanto, el libro es y no es aquel primero del autor. ¿Hay diferencias entre los cuentos iniciales y los agregados? Las hay, como veremos. Mas es necesaria aquí una segunda precisión: Arturo es un narrador de talento y de voz singularizada. Esto último importa mucho. ¿No dijo el novelista inglés Stephen Fry “¿cuándo alguien de nosotros leyó una historia original? La cuestión está en una escritura original”. Y escritura original es lo que Arturo presentaba, sin que ello disminuya la importancia de sus tramas.

Sigo en lo de la escritura. Los cuentos de Arturo han sido escritos en una prosa muy cuidada que en ocasiones se desborda hacia lo poético, si bien es de señalar que en los textos agregados la tendencia a poetizar disminuye

mucho y se maneja un discurso bastante más centrado en la narración misma. Pero en todos los cuentos surge lo que llamaré una paradoja buscada: la belleza de la prosa sirve para la descripción de un mundo poco apetecible, carcomido en su interior por una visión amarga. Quienes hayan conversado con Arturo saben de cuán hondo le brota esa visión, bien que en las pláticas la exprese con mucha ironía y en ocasiones sorna. Pienso que gracias al distanciamiento entre belleza de la expresión y tristeza de lo expresado, los cuentos de Arturo gravitan sobre nuestro ánimo con bastante más fuerza que si la prosa hubiera procurado la neutralidad.

94 Habitan el mundo cuentístico de Arturo personas excesivamente solitarias. Me resultó notable descubrir la cantidad de personajes encerrados en su interior, que apenas consiguen, cuando lo consiguen, unirse al entorno. No importa cuál sea su actividad, se trata de individuos marginados. Otro rasgo curioso: en esos personajes abundan las deformaciones o las taras, sean del cuerpo o del espíritu, que ayudan a crear el aislamiento de quienes las sufren. Claro, el medio que habitan los hostiga, procurando que se alejen y no contaminen al mundo. Vuelvo a la amargura íntima de estos cuentos: la soledad, las deformaciones y los hostigamientos conforman la visión del mundo entregada, ciertamente nada próxima al optimismo.

Como no es desusado que suceda en esta narrativa, un humor socarrón que transcurre, invisible casi, por la trama de varios cuentos hace digerible tal amargura. Ejemplos de esa socarronería los tenemos en la descripción de personajes ocurrida en “Los lagartos”, uno de los mejores textos del autor, y en la conclusión misma; en la sorpresa dada por “el ojo de dios”; en el destino final de la “gran” obra artística y de unas esferas de barro producidas por un idiota. No hay duda de que Arturo encuentra el mundo sumamente divertido. Acaso piense, pero es un mero suponer mío, que alguna divinidad juguetona gusta de entretenerse complicándole la vida al ser humano.

Examinados los cuentos, veo que se los puede clasificar como de terror, de fantasía e incluso de ciencia ficción, con sólo uno de ellos, justamente “Coyote 13”, acercándose a lo que llamamos realismo. Ocurre, asimismo, que no existen las precisiones de lugar. Me pregunto entonces si esto no brotará de la condición de exiliado que Arturo tuvo o quizá tenga. Que la ausencia de la patria original halle simbolización precisa en ese mundo cuentístico sin meridianos ni paralelos. Arriesgo una suposición más: ese exilio es también psicológico, como si la soledad pedregosa de los personajes viniera en primera instancia de la soledad íntima del autor. Desde luego, siempre hay peligro en establecer estas uniones entre vida del creador y vida de sus personajes. Sin embargo, esa deducción que me vino espontáneamente tiene su profundo atractivo como explicación de los cuentos escritos por Arturo que, espero, no sean los únicos. Desde luego, cada autor es dueño de

su mundo literario y puede cerrar la tienda en cuanto su obra lo solicite. Los lectores, por mucho que quisieran otros textos, habrán de conformarse con los existentes. Por tanto, respetemos en Arturo su decisión de no publicar más. Que conste, he dicho publicar y no escribir. Traicionando lo que acabo de decir, siempre espero que Arturo vaya terminando cuentos y guardándolos ordenadamente en algún baúl secreto, de modo tal que en su momento venga la sorpresa de descubrir esos textos inéditos. Mientras tanto, sigamos encontrándonos con Arturo en los pasillos de la Facultad, sigamos deteniéndonos a charlas con él unos minutos antes de apresurarnos hacia el salón donde nos aguardan los alumnos, sigamos disfrutando de esas pláticas y alegrémonos de que *La plaga del crisantemo* se haya transformado en *Coyote 13*.

